



Lo bailado ¿quién se lo quita?

Luz Marina Morales Cruz

“No es artista el que pinta,
sino el que es capaz de hacer de su vida un arte”.

Anónimo

Entro a la escuela normal, subo las escaleras que conducen al segundo piso, busco el pasillo de humanidades que queda a la derecha, cerca al salón de profesores, y ubico el aula número 14. Me paro frente a esta y veo una enorme puerta blanca (ahora, un año después, ya no me parece tan enorme). Es mi primer día de clases en un colegio del distrito. Con decisión ingreso al aula, me presento y saludo a los estudiantes, hablamos de los temas, de los objetivos, de los libros por leer. Es un viernes soleado. Por las ventanas abiertas parecen entrar con el sol ritmos provenientes de diferentes lugares del mundo. Es agradable. ¡Qué buena bienvenida!, pienso.

Cuando suena el timbre salgo con curiosidad y busco el lugar de donde proviene la miscelánea musical. Llego a un salón perdido al final de un largo pasillo del primer piso, a la derecha del patio principal, me asomo y lo veo a él, confundido entre los estudiantes. Viste una sudadera roja y en su tez negra se dibuja una especial sonrisa. Nadie parece advertir el inicio del descanso. Me paro frente al vidrio de la puerta y me sorprendo al observar que es un grupo de jóvenes de no más de 14 años, bailando polka rusa. Todos danzan con alegría siguiendo los movimientos de la sudadera roja.

En el salón de danza un grupo de estudiantes se mueve al compás de un conjunto de ritmos que parece llenar el ambiente, bajo un orden caprichoso: reggaetón, polka, mapalé. Héctor baila por todo el salón con la excusa de guiar los movimientos de los adolescentes, mientras en una dialéctica que parece ensayada, tienen lugar una serie de mutuas bromas, entre el maestro y sus aprendices. Cualquiera diría que los estudiantes se divierten en la clase, sin percatarse que el maestro se divierte mucho más. De repente, un timbre presuroso pero deliberadamente ignorado, anuncia el fin de la clase. Minutos después la música desaparece y en medio de las expresiones

de protesta de los estudiantes se inicia la repartición de refrigerios. Los adolescentes y su maestro salen a descanso.

En casa de Héctor Emilio, el profesor de danzas, siempre existió un viejo radio Philips, de tubos catódicos lentos para calentar. Este fue el pretexto para que el temperamento amigable y alegre del niño se expresara a través del movimiento, quizá inspirado en la imagen de Maximiliano Asprilla, su padrino, a quien el ahijado observaba con los curiosos ojos de la niñez, viéndolo sujetar varonilmente a su pareja y bailar de la manera más elegante y fluida por toda la sala de su casa. Lo que vendría después no fue otra cosa que su participación activa y espontánea en fiestas del pueblo, comparsas, verbenas y alboradas. Esta natural pasión, obtendría su complemento perfecto, al relacionarse con la que sería una pasión mayor en su vida: dirigir grupos de danzas; como cuando con niños de su edad organizó su primer grupo e inició presentaciones ante la mirada cómplice del cura de su pueblo, que contagiado por la cadencia de los pequeños bailarines ejerció como publicista desde el púlpito, a fin de que los feligreses gozaran de un buen espectáculo de danza en el teatro del pueblo.

Ha pasado una semana de mi llegada al colegio, es viernes y mientras confirmo asistencia empieza de nuevo la procesión de ritmos encabezados por una carranga. Imagino a aquellos niños bailando envueltos en ruanas grises levantadas por el movimiento de sus brazos, como dando aire a sus axilas. Siento curiosidad por la motivación que el profesor Héctor Emilio, según dijo el coordinador, da a sus estudiantes.

No es habitual encontrar adolescentes que gusten de ritmos diferentes a los impuestos por la moda. Pero aquella escena era real. Juego con los pensamientos e imagino que no lo era, que todo estaba dispuesto para llamar mi atención con la música (así se explicaría que todas las ventanas del aula 14 estuvieran abiertas), que deliberadamente se siguiera la clase a pesar del timbre (como dándome tiempo de llegar al salón donde se representaba para mí aquella ensayada escena).

“¿Profe, puedo ir al baño?”, escucho que algún estudiante dice. Respondo que sí, mientras sonrío por mis ocurrencias. Reparto las fotocopias y mis estudiantes inician la lectura mental de *Las babas del diablo*. Hay un silencio profundo, motivado por la escena del niño y la mujer, protagonistas del libro. Cortázar los atrapó, pienso. Salgo del aula sin hacer ruido, mirando sigilosamente al grupo. Me asomo por la ventanita de la puerta y pienso: “Qué raro, la ventanita de la puerta”. Ubico el ángulo más favorable para ver sin ser vista. Los veo como en una escena de cine mudo, adivino bromas y llamados de silbido, parece haber una pausa en el baile, no hay

ruanas. De pronto por las ventanas sale impetuosa una canción: “En la vereda e Velandia del municipio de Saboya...”, Ahora todo es movimiento.

Un rato después suena el timbre, encuentro al profesor de danzas y charlamos en el descanso. Hablamos sobre mí, sobre mi llegada al colegio, tocamos el tema de su trabajo. Cedo a la decisión de no halagar su clase e indago por la motivación de sus estudiantes; exagera la sonrisa que siempre lo acompaña y responde: “Sencillo profe, les inculco que lo importante no es hacer lo que se quiere sino querer lo que se hace”. Le pregunto que si de pequeño bailaba y me contesta que sí, que en Guarapito, a la edad de 5 años; la maestra Raquel le ponía música solo por verlo bailar, llegando al punto de llorar por la emoción que él le despertaba.

Sin ninguna prevención y con la mayor sencillez me cuenta de cuando al estar bailando, en la mitad de una presentación en el Tropical Park de Miami, a sus 24 años, cayó de la tarima de tres metros y subió apresuradamente para continuar danzando ante las carcajadas del público. Dada su estatura y su ubicación en el escenario ningún compañero notó su caída, al contrario, se mostraron sorprendidos cuando lo vieron aparecer por las escaleras para reintegrarse al baile.

Abro los ojos sorprendida y afirmo interrogando: “¿Pero te has presentado fuera del país?”. Contesta con emoción que sí, una modestia que parece usar como disculpa. Y luego dice: “También tuve la fortuna de mostrar mi experiencia pedagógica en el sur de Chile. Allí, mientras realizaba la experiencia con los niños, los padres contagiados se levantaron a bailar y los medios de comunicación apresuradamente empezaron a filmar. Luego hubo entrevista con la prensa y el resultado fue una nota en la primera página del periódico *Valdivia Noticias*, titulada ‘Colombiano dio clases magistrales de danza en Lago Ranco’”.

Suena el timbre. Pienso en la revisión de talleres que haré en esta hora, pero en ese momento aparece Jorge, un profe de Educación Física que me presentaron el primer día, y me dice: “¿Hablando con el profe Héctor?”. Y sin perder tiempo empieza a hablarme de él. Me cuenta que fue su profesor en el Tomás Rueda Vargas, que es muy exigente en las presentaciones, que cuando él estuvo en su grupo de danzas tenía tanta autoridad hacia ellos que si alguno del grupo se empezaba a salir de curso en su casa, el acudiente hablaba con Héctor y él se encargaba de poner las cosas en orden, como una vez cuando un muchacho llamado Mario llevaba una semana sin ir al colegio y Héctor se enteró, fue a la casa a buscarlo, le llamó la atención a gritos, lo obligó a bañarse y a cambiarse y lo llevó de vuelta al colegio.

Dice este profe que fue Héctor quien le descubrió su vocación como a muchos otros de sus compañeros que se dedican a la enseñanza de la danza, que es un educador que forma para la vida, como cuando realizó con ellos la operación dignidad.

Jorge toma un segundo aire y explica: “Estábamos en Corferias y nos llevaron una caja con los refrigerios para después de la presentación, pero César, un niño de 10 años, el más pequeño del grupo, cogió un refrigerio a escondidas para consumirlo. Uno de los empleados encargado de los refrigerios notó el hecho y sin ninguna consideración se dio a la tarea de regañarlo de una manera muy humillante. Cuando el profe Héctor notó esto, ordenó a César que entregara el refrigerio y nos reunió.

Ese día después de hablar con César, nos dijo que como una forma de protesta por la actitud irrespetuosa del empleado, nadie recibiría refrigerio. Así lo hicimos, cuando acabamos la presentación los funcionarios de Corferias esperaron a que consumiéramos el refrigerio para llevarse los empaques. Nadie tocó los refrigerios. Nos los ofrecieron a cada uno y cada uno de nosotros dijo: “No, muchas gracias”. Cuando salimos de Corferias, el profe gastó lo que tenía, invitándonos a todos a comer pollo en un asadero. Los siguientes días la escena se repitió de la misma manera, ante los encargados de los refrigerios, ya que nuestras presentaciones eran por toda la semana.

Suena el timbre. Ambos tenemos clase. Mientras me dirijo al aula, pienso en la operación dignidad. Relatar la niñez de Héctor no es hacer una remembranza triste, ni resentida por las incomodidades y abstinencias de la infancia. Por el contrario, Héctor Emilio, estudiante de escuela pública y noveno, entre una docena de hermanos, es un hombre al que no es necesario mirar para saber que sus ojos brillan de una manera especial cuando habla de su niñez, circundada por el río Condoto y el San Juan, en el Andagoya pequeño y hermoso de su feliz niñez.

A los 12 años inicia su bachillerato; en 1976 sale de Andagoya para Quibdó, capital del Chocó, donde cursa grado décimo y undécimo. Es en ese momento en el la danza parece extinguirse del cuerpo –no de la sangre– del adolescente errante, puesto que Héctor siente el llamado del deporte y sin pensarlo mucho corre hacia el atletismo. Fue así como participó por el Chocó en 100 y 200 metros planos, imponiendo nuevo record en el país y convirtiéndose en campeón nacional. Como buen aventurero, en 1978 decidió que tenía que venir a Bogotá y tuvo la prevención de no llamar a su prima en búsqueda de hospedaje antes de viajar; por el contrario, decidió llegar y pararse frente a la familia, exhibiendo su maleta, como escudo infalible contra una negativa. Su llegada a Bogotá, así como osada, fue

bastante dura: en un solo día se vestía de mecánico de taller, de estudiante universitario y de atleta de pista. Su meta parecía clara: ganarse el presente, el futuro y la gloria.

Llueve. Estoy en el segundo piso de una cafetería. Tengo una vista privilegiada a la calle. El agua hace que la gente desaparezca con pasos ágiles, una señora casi arrastra a un niño, mientras él desde su capa amarilla, indiferente ante la lluvia, me observa en el segundo piso.

Al reflexionar sobre el quehacer de los docentes, el profe Héctor, educador durante 24 años, se me presenta como la antítesis del prototipo de profesor que repartía su tiempo entre la preparación de clase y la ejecución de la misma, encerrado y encerrando a sus estudiantes en un aula, como prisioneros del saber; que los alejaba del mundo externo, bajo la disciplina impuesta por la “autoridad”, propia de una personalidad seria, distante y a veces arrogante hacia sus alumnos.

Pienso que la historia de un humilde niño nacido en Andagoya (Chocó) parece concretarse en la profesión que Héctor Emilio escogió para apaciguar las diferencias e inequidades abismales de la gran urbe en que realizamos nuestro trabajo. Me puse trascendental –pienso y sonrió–. Bebo otro trago del humeante café.

Héctor Emilio inicia la licenciatura en Educación Física aspirando a ser profesor o entrenador, sin calcular siquiera que en el grupo de materias de ese primer semestre se encontraría de frente con el amor de su vida: la danza. No fue la inseguridad palpitante del amor a primera vista, fue la mansedumbre nostálgica del reencuentro con el primer amor. Abre entonces la maleta donde habían quedado olvidados los recuerdos y cultura de su pueblo y como de la caja de Pandora, brota indomable la emoción de sus primeros bailes. No contento con participar en sus clases de danzas, acepta una invitación especial: formar parte del grupo de danzas de la universidad. Empieza entonces un interminable ejercicio de montajes coreográficos que trasteará por el país, por Latinoamérica y por Miami. Es quizá en ese momento donde definitivamente el atletismo queda rezagado por el paso contundente de la danza.

Ahora, un año después, ya no pienso que Héctor Emilio hace que los jóvenes olviden por un momento los ritmos modernos en que sus contemporáneos se encuentran atrapados y bailen la carranga, el bullerengue y tantos otros representativos del folclor nacional e internacional; no, Héctor va más allá, su enseñanza es una enseñanza de vida, de superación personal.

Son muchas las conjeturas que he hecho queriendo desentrañar el secreto escondido en los procesos de Héctor: ¿Son las bromas con las que les despierta la risa?, ¿es el ejemplo que da al mostrarse desinhibido en el baile?, ¿es la contagiosa alegría de sus movimientos?, ¿es su actitud alegre hacia la vida?, ¿es la manera aventurera de afrontar su misión?

Podrían ser todas las anteriores, pero no: estas son las consecuencias, no la causa. La causa es algo más profundo, más digno, más sublime: es el amor que él pone a su trabajo, que es lo mismo que decir a su vida; ese amor que no puede contenerse e inevitablemente brota de sí para invadirlo todo, para adherirse a sus estudiantes, para gozarse la vida y comprimirla en una fracción de ella, llamada danza.

Este torrente es el que llega a sus bailarines y los vuelve felices, señalándoles caminos de liberación y realización, extractando lo mejor de ellos para la danza y la vida, adelantándoles su recompensa de vida cuando suena emocionado cada aplauso y momentáneamente los convierte en inmortales.